

El *sinthome* escritural de Joyce (sobre diagnósticos que son lecturas)¹

ALEJANDRA EIDELBERG

[...] oyen, oyen, pero desafortunadamente comprenden [...]
J. Lacan (1985: 85)

I. El doble interés de Lacan por la escritura de Joyce

Cuando Jacques Lacan convoca a James Joyce para avanzar en sus elaboraciones de los años setenta, no es su biografía lo que le interesa, sino su escritura; o, en todo caso, cobran relieve aquellos sucesos de su historia que pueden ponerse en relación con la modalidad escritural de este escritor irlandés del siglo XX (siglo pródigo para la literatura experimental de vanguardia).

A Lacan le interesa especialmente el último libro de Joyce publicado en 1929, *Finnegans Wake* (FW), en el que trabaja con la lengua inglesa al borde, en su límite, desintegrándola y reintegrándola en una poliglosa intraducible, un idioma babeliano que es, al

¹ Una primera versión de este texto fue publicada en *Memorias del VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXII Jornadas de Investigación, XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires, noviembre de 2015, Tomo 3, (pp. 216-19).

mismo tiempo, un idiolecto inédito. Lo logra en colaboración con Samuel Beckett y a través de una enorme operación literaria que le demanda diecisiete años de *work in progress*.

Como señala Mario Teruggi (1995), Joyce recurre en su *FW* a elementos dispares de varias fuentes temáticas, pendulando entre el onirismo y el enciclopedismo, el azar y el cálculo, la asociación libre y la planificación. El resultado es una construcción hecha con pedazos y piezas sueltas. Sus procedimientos se caracterizan por múltiples juegos y acertijos verbales, por diversas técnicas de modificación de palabras y por un plurilingüismo babélico. Por otro lado, las fuertes soldaduras entre sonido y grafía que utiliza para la lengua que inventa provoca que sus lectores más devotos se pregunten si ellas cifran siempre una polisemia enigmática a develar o simplemente responden –sin sentido semántico alguno– al gusto de su autor por escucharlas.

Como sea, vista y oído deben funcionar simultáneamente al leer *FW*, que exige lectura en voz alta como los textos sagrados. Al igual que el analista lacaniano, el lector joyceano también deberá “aprender a leer” (Lacan 1985: 49) en lo entre-dicho de lo que se oye.

Si bien en *FW* hay un tema que se repite en forma cíclica alrededor de la caída/ muerte del héroe y de su despertar/resurrección, el lector debe renunciar a comprender el sentido de una trama coherente y debe dejarse percutir por el goce de la lengua por la lengua misma. *FW*, afirma Margaret Norris (2011), dramatiza la potencia lingüística de todo idioma; potencia que a Lacan le interesó desde muy temprano.

babadalgharaghtakaminarronnkonnbronntonneronntuon-nthunntrovarrhounawnskaowntoohooorderenthurnuk! Así la pone en juego Joyce (1975: 3), por ejemplo, cuando nos ensordece con el trueno de la caída escrito en más de diez idiomas. O cuando nos hace escuchar el idioma francés –*Où est ton caddeau, espèce d’imbécile*– en

el inglés escrito leído en voz alta: *Who ails tongue coddeau, aspace of dumbillsilly* (1975: 15). Y también cuando descubrimos las iniciales del nombre del personaje del padre –HCE, Humphrey Chimpden Earwicker– diseminadas anagramáticamente en distintas palabras; por ejemplo, en *Howth Castle and Environs* (1975: 3).

“Jamás se había hecho literatura de esta forma”, señala Lacan (2005b: 166). La escritura de Joyce lo estimula de distintos modos que se podrían reducir a dos: como analista interesado en el diagnóstico de su estructura y como analista interesado por los caminos que le despeja su arte escritural. Considero que ambas posiciones de este último Lacan se nutren de la función de analista-lector (cf. Eidelberg, 2014).

II. El interés por el diagnóstico de Joyce

Lacan sigue sosteniendo en los setenta que “no se psicoanaliza una obra” (2011: 150). Y también declara: “Estoy este año con Joyce (...) pero no he hecho más que rozarlo dado mi embarazo en relación con el arte, en el que Freud se bañaba no sin desdicha” (2012a: 601). “Estoy reducido a leerlo, porque no lo analicé. Lo lamento” (2005a: 79).

Si bien no quiere caer en gestos desdichados y confiesa sus limitaciones, Lacan no renuncia a querer saber sobre la supuesta locura de Joyce (quien no fue su analizante, ni el de nadie). En el *Seminario 23*, su enunciación es dubitativa y precavida: Joyce, ¿estaba loco o no?; si lo estaba, ¿desde cuándo?; ¿se creía un redentor? Los términos “psicosis” o “estructura psicótica” no aparecen en sus elaboraciones. Siguiendo a Miller, podríamos considerar esta ausencia como un rasgo propio de su última enseñanza, la cual conduce inevitablemente a un cierto borramiento de las diferen-

cias entre estructuras clínicas (Miller, 2014). Me interesa también sostener la idea de un último Lacan que no hace más que rescatar sus propias elaboraciones de los años cincuenta, tomadas a su vez de Pascal, cuando afirmaba: hay una locura que aparece como necesaria y generalizada, y sería otra vuelta de locura –una locura de otro estilo– no tener la locura de todos (Lacan, 1986 y 2012b: 175).

Joyce estaría, entonces, tan loco como todo el mundo, pero su delirio no es el edípico estándar que se sostiene en el Nombre del Padre clásico: hay dimisión paterna, afirma Lacan (2005a: 89). Que a esta carencia la llame *Verwerfung* “de hecho” no puede sernos indiferente. Remite a la intervención no realizada del padre real del tercer tiempo del Edipo, el que debería operar “de hecho” (Lacan, 1999: 193), en presencia, en cuerpo, transmitiendo su *père version* “degenerada” –pero medio-dicha– de cómo se las arregla con el goce desde su condición de sujeto castrado y causado por una mujer. Admitir esta hipótesis permite pensar que la carencia podría no afectar los otros tiempos de la función paterna. ¿Acaso por eso Lacan no habla de psicosis en Joyce: por una suerte de parcialidad del mecanismo forclusivo en su estructura subjetiva?

Sin embargo, el escritor le recuerda a una paciente psicótica, Marcelle, que sí escuchó y sobre la que había escrito en 1931 –junto con otros colegas psiquiatras– un artículo llamado “Escritos ‘inspirados’. Esquizografía”. Es gracias a esta paciente que Lacan (2005a: 78) dice no haberse sorprendido con Joyce y haber osado preguntarse: ¿de qué modo, por qué cosa sus escritos fueron inspirados? En el caso de Marcelle, ella afirmaba que lo que expresaba se le imponía bajo la forma de “inspiraciones”; según Lacan, lo que escribía era un verdadero “arte poético” en el que la paciente desplegaba su estilo. En el caso de Joyce, no le resulta claro que ocurra algo tan evidente como fenómeno elemental, salvo quizás por sus “Epifanías” (cf. Godoy, 2008: 154). Cuando Lacan lamen-

ta no haber podido analizar a Joyce, agrega al respecto que él tenía poca disposición. Es decir, el escritor irlandés persiste en su increencia en el inconsciente, rechaza la fe que es necesaria para entrar en una suposición, en la hipótesis caritativa que implica el Sujeto supuesto Saber. Esta incapacidad transferencial de Joyce también abona freudianamente el diagnóstico presuntivo de su locura psicótica (Freud, 2008).

Si bien Lacan no define este diagnóstico estructural, sí afirma que “el caso de Joyce responde a un modo de suplir un desanudamiento del nudo” (2005a: 87) y que esta reparación *sinthomática* deja los registros real y simbólico interpenetrados en un anudamiento no borromeo (cf. Schejtman, 2013). Si este tipo de anudamiento equivaliera unívocamente a la estructura psicótica, entonces no habría dudas diagnósticas; pero, nuevamente y contra toda certeza, Lacan sigue sosteniendo que “queda ambiguo saber si se trata de liberarse del parásito lenguajero o, al contrario, de dejarse invadir por las propiedades esencialmente fonémicas de la palabra, por la polifonía de la palabra” (2005a: 97). Es decir, el analista-lector no puede desambiguar si la escritura de Joyce responde a una “autocuración” en el caso de una psicosis (Freud, 2008) o si, al contrario, es el intento audaz (aunque calculado) de un neurótico en búsqueda de la materialidad del significante (como Beckett, cuando busca su *despalabra*; claro que, con un estilo opuesto, pues el joyceano consiste en la “apoteosis” de la palabra).

Volvamos al lamento de Lacan por no haber escuchado al autor de *FW*: “(...) no nos lo ha dicho, lo ha escrito, y ahí está toda la diferencia. Cuando se escribe, se puede tocar lo real, pero no la verdad” (2005a: 80). En efecto, sin la verdad que supone el pasaje psicoanalítico por el inconsciente freudiano estructurado como un lenguaje, es complicado arribar con convicción a un diagnóstico de estructura; pero esto no le ha impedido a Lacan (2005: 147)

afirmar que, en Joyce, “la escritura es esencial a su ego”, pues este tuvo “un rol muy distinto que el rol simple que juega en el común de los mortales”. Escribiendo así, Joyce se escribe, escribe su ego, reanuda su cuerpo, se hace un nombre que lo sobrevive y hace lazo con los otros, a los que además pone a trabajar, causándolos.

III. El interés por los caminos que despeja Joyce

Interesado en la escritura desde mucho tiempo antes (desde sus elaboraciones sobre el rasgo unario), el Lacan de los setenta (2005a: 68, 147) se centra en lo que escribir significó para Joyce, “el escritor por excelencia del enigma” (2005: 153). A pesar de sus limitaciones para diagnosticarlo, no deja de sacar provecho de aquello que justamente las produce: el *sinthome* escritural joyciano.

Lacan considera que este escritor “adelanta de una manera artística el *sinthome*, del que no hay nada que hacer para analizarlo” (2005: 125). Con su arte escritural, Joyce no solo nos enseña sobre este concepto, sino que él *es* el *sinthome*, lo encarna. Su arte apunta a lo que de entrada se presenta como su artificio, su saber hacer (37, 61, 118). Si todo lo que se escribe responde a que hay algo que no cesa de no escribirse (Lacan, 1985; 2011: 125), la escritura de Joyce es testimonio de esto, de su exilio de la relación sexual, agujero que bordea con una escritura otra, nueva (Lacan, 2005a: 70).

La estofa de la que está hecha esta escritura otra es la letra, que Lacan caracteriza de múltiples modos. Aquí recortaremos solo algunos:

1º) La letra se articula como “hueso” cuya carne sería el lenguaje (Lacan, 2011: 139). Es *osbjet*, pues, dice Lacan: “hueso (*os*) es lo que caracteriza a la letra de la cual acompaño al objeto, a saber, la letra *petit a*; si reduzco este objeto a este pequeño *a* es para marcar que la

letra testimonia de la intrusión de una escritura como otra [autre]. Esta escritura viene de otro lado que del significante” (2005a: 145).

2º) “Colmo de lo escrito”, la letra se desprende del significante y es escritura en lo real, pues erosiona el sentido (2011: 75).

3º) Bien puede tomar la forma del garabato y la tachadura (*litura*) como huella donde se lee un efecto de lenguaje secundario con respecto al Otro donde el lenguaje se inscribe como verdad (Lacan, 1985: 146; 2011: 81). De hecho, Joyce dejó muchos garabatos y tachaduras en sus cuadernos de notas y manuscritos sobre *FW* (2005a: 78).

Estos tres rasgos alcanzan para entender por qué Lacan reconoce explícitamente que este escritor se le ha adelantado: “Plantear el escrito como lo hago, como no todo a leer, fue Joyce quien lo introdujo, o mejor, lo *intradujo*, pues hacer de la palabra letra de cambio más allá de las lenguas, apenas se traduce, al ser por doquier igualmente poco para leer” (2012e: 530). Joyce es así un digno paradigma de la literatura de vanguardia que, según Lacan (2012c), se realiza desde el litoral de la letra y no se sostiene en el semblante, pues supone su ruptura.

De todos modos, “eso [el *FW*] se lee” y “si se lee es porque se siente presente el goce de quien lo ha escrito” (2005b: 165). “Joyce es el síntoma puro de la relación al lenguaje, que no se analiza, que no se somete al equívoco que movilizaría al inconsciente. Se trata del goce, no del inconsciente; es lo único que podemos atrapar de su texto” (2005b: 67- 166). O sea, que el goce del síntoma, “eso”, es lo que se lee. ¿Pero cómo?

¿Cómo leer esta escritura otra *sinthomática*? También Beckett le da una mano a la última enseñanza lacaniana cuando se dirige a los detractores del *FW* —que bien pueden ser los mismos que los del último Lacan, o los del inconsciente real—. Dice Beckett: “Aquí la forma es el contenido y el contenido es la forma. Ustedes

se quejan de que no esté escrito en inglés. Pero si ni siquiera está escrito. No es para ser leído o, en todo caso, no es solo para ser leído. Es para ser mirado y escuchado. Su escritura no es *sobre* algo; es *ese mismo algo*. [...] Cuando el sentido es dormir, las palabras se van a dormir. Cuando el sentido es bailar, las palabras bailan” (Beckett, 2008). Y agrego, con este ejemplo: cuando el sentido es cantar, las palabras cantan: “*Does she lag soft fall means rest down?*” (Joyce, 1975: 407).

Siguiendo a Beckett, Lacan (2012e: 530) propone sacarnos de la cabeza el modo de leer que aprendimos en la escuela: hay que *desalfabetizarse*. Y apostar transferencialmente al “supuesto saber leer de otro modo” los trazos de lo escrito que son las marcas del goce (Lacan, 1977-78: 10/01/78).

Si “eso”, lo escrito, “dice otra cosa” (Lacan, 2012e: 529), entonces es otro tipo de lectura la que se esgrime ante los textos que, como también sostiene Roland Barthes (2009), no son legibles, sino escribibles; es decir, textos como el del inconsciente, que producen lectores que no son meros consumidores de sentido que viene del Otro, sino lectores activos, lectores productores que reescriben lo ilegible.

Lacan declara su afinidad con Joyce inventando en lo real: “porque eso se me impuso”, dice. Inventó el nudo borromeo, que es su propio *sinthome*, pues “toda invención se reduce al *sinthome*”. (Lacan, 2005a: 129-132). Así como la escritura de “FW es el escabel de Joyce para que su nombre lo sobreviva” (2005: 166), el escabel de Lacan se construye con la escritura de sus nudos y también con sus neologismos y juegos de palabras: “mis historias de *osbjet*, de *mensionge*, de *dit-mension*” (2005: 153).

Porque también Lacan trabaja con las palabras como cosas, también Lacan juega con la interpenetración entre los registros Real y Simbólico, también Lacan aspira a ser descifrado, quizás

por años, realizando un desgarramiento del significante que supone sustraerse al artificio del inconsciente. “Ustedes no entienden *stascritura*. Mejor así, tendrán razón para explicarla. Y si eso los deja colgados, les costará algún embarazo” (Lacan, 2012e: 531). *Stascritura* es la estofa del escabel lacaniano, pues “(...) lo ininteligible es el escabello del cual uno se muestra amo. Soy lo bastante amo de *lalengua*, llamada francesa por haber alcanzado en ella lo fascinante de testimoniar respecto del goce propio del síntoma, goce opaco por excluir el sentido” (Lacan, 2012d: 596). Lacan pretende (aunque no lo logra del todo, solo “bastante”) ser amo de la lengua francesa como lo era Joyce de la inglesa y acceder así a una función de lo escrito que sea efecto del lenguaje en el campo del saber hacer con el goce.

“La cosa cobra importancia a partir de lo ilegible” sostiene entonces (Lacan, 2011: 98), pues que cueste leerlo tiene relación directa con el tipo de intervención analítica que busca: la que tenga repercusión. Dice entonces tener una gran esperanza de que sus *Escritos*, como los de Joyce, no se entiendan, “porque este es el signo de que se está afectado” (2011: 98) por un decir, por una voz poética que tiene eco en el cuerpo tórico, sensible en sus orificios, cuerpo del *parlêtre*: que ex-iste y es real (Lacan, 2005a: 17 y 18). Pero aclara: no basta escribir algo incomprensible, sino ver por qué lo ilegible tiene un sentido, que ya no será solo semántico. Y es por eso que la lengua no es solo instrumento de las palabras mentirosas, pues en ella también están las papilas del gusto: “*ce q'on dit ment*” (2005: 17). Será cuestión, entonces, de saber si el efecto de sentido en su real se sostiene en el empleo de las palabras o bien en su jaculación (Lacan, 1974-75: 11/02/75).

Esto supone leer la letra que se desliza joyceanamente a *litter* (Lacan, 2012c), resto que se desprende del significante como detrito, grano de arena del síntoma freudiano, hueso duro para el roer

interpretativo del psicoanalista: goce del síntoma que habrá que leer sin comprender para ir más allá del punto en el que se detuvo Freud (Miller, 2012b).

IV. Lacan con Joyce, más allá de Freud

Lacan (2005b: 166) se pregunta cómo se puede sostener —es él mismo quien lo hace—, que Joyce sea un desabonado del inconsciente y que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje, si Joyce no hace más que jugar sobre el lenguaje. La claridad de su respuesta alude al inconsciente real: lo que ocurre es que, en su juego, “verdad y sentido (...) pierden” (2005: 165). Porque “en el psicoanálisis se recurre al sentido para resolver el goce, haciéndose incauto del padre (...)”. En cambio “lo extraordinario es que Joyce lo consiguió (...) sin el recurso de la experiencia analítica (la que tal vez lo hubiera embaucado en algún fin chato)” (2012d: 597).

En cuanto a la orientación de la cura, el último Lacan (1974-75: 17/12/74) propone ser “incauto de lo real”, pues “así se erra menos”. Es la *hipótesis* del inconsciente la que se sostiene en el Nombre del Padre y sin duda hay que servirse de él, que no es lo mismo que creer en él, como subraya Miller (2005: 239); pero si el psicoanálisis tiene éxito es porque de él se ha podido prescindir (Lacan, 2005a: 136) y, agregamos, asumir el agotamiento de la hipótesis.

En esto Joyce nos despeja el camino: al saber sustraerse al artificio del inconsciente que puede “achatarnos”, se enrola así en lo que a Lacan (1974-75: 11/03/75) le interesa: la orientación de lo real que, en su territorio, forcluye el sentido. La forclusión del sentido por la orientación de lo real es radical, “pero bueno —parece quejarse— no estamos ahí todavía” (Lacan, 2005a: 121).

Si lo real también “es el misterio del cuerpo que habla, el misterio del inconsciente” (Lacan, 1985: 158), Joyce sabría hacer con *lalangue* que afecta su cuerpo, más allá de lo que el lenguaje sabe hacer como elucubración de saber (o sea, más allá de lo que sabe hacer el inconsciente freudiano estructurado como un lenguaje).

Lacan también va más allá del inconsciente freudiano, porque Freud no se sirvió del real del que él sí se sirve. “Ahí donde Freud hizo un descubrimiento [la no relación sexual], lo real fue mi respuesta sintomática [...]” (Lacan, 2005a: 132), “una respuesta a la elucubración de Freud (2005: 134) y que “suple la energética” freudiana (2005: 135). Entiendo que esta respuesta lacaniana se elabora gracias a la función de lo escrito que se aprende a leer con Joyce. Porque el síntoma habla, sin duda, y hay que escucharlo; pero como no dice todo (Lacan, 2011: 24), también hay que leer la opacidad de su goce: misteriosa marca escritural del cuerpo que habla.

Bibliografía

- Barthes, R. (2009). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Beckett, S. (2008). “Dante...Bruno. Vico... Joyce”. En *Proust y otros ensayos*, Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Eidelberg, A. (2014). *letras. poéticas. lecturas lacanianas*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Freud, S. (2009). “La pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis”. En *Obras Completas vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godoy, C. (2008). “Los artificios de James Joyce”. En *Ancla –Psicoanálisis y Psicopatología–, Revista de la Cátedra II de Psicopatología de la Facultad de Psicología de Buenos Aires*, (2).
- Joyce, J. (1975). *Finnegans Wake*. Londres: Faber & Faber.
- Lacan, J., Lévy-Valenti y J.-Migault, P. (1931). “Escritos inspirados:

- Esquizografías”. En *Annales Médico-Psychologiques*. París.
- Lacan, J. (1974-75). Seminario 22, “RSI”, inédito, clases 10-12-74, 17-12-74, 21-01-75, 11-02-75, 11-03-75 y 15-04-75.
- (1976-77). Seminario 24, “Lo no sabido que sabe de la una- equivocación se ampara en la morra”, inédito, clases 19/04/77 y 17/05/77.
- (1977-78). Seminario 25, “Momento de concluir”, inédito.
- (1985). *El Seminario, Libro 20, Aún*. Caps. I, II, III, V, VI, VII, VIII, X y XI. Barcelona: Paidós.
- (1986). *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*. Barcelona: Paidós.
- (2005a). *Le Séminaire, Livre XXIII, Le sinthome*. Caps. I, II, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X. París: Seuil.
- (2005b). “Joyce le Symptôme”. En *Le Séminaire, Livre 23*, ob.cit.
- (2011). *El Seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*. Caps. I, III V, VI, VII y VIII. Buenos Aires: Paidós.
- (2012a). “Prefacio a la edición inglesa del *Seminario 11*”. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012b). “Discurso de Roma”. En *Otros escritos*, ob. cit.
- (2012c). “Lituraterre”. En *Otros escritos*, ob. cit.
- (2012d). “Joyce el Síntoma”. En *Otros escritos*, ob. cit.
- (2012e). “Posfacio al *Seminario 11*”. En *Otros escritos*, ob. cit.
- Miller, J.-A. (2006). “Notice de fil en aiguille”. En Lacan, J. *Le Séminaire, Livre 23*, ob.cit.
- (2012a). “Prólogo”. En Lacan, J. *Otros escritos*, ob. cit.
- (2012b). “Leer un síntoma”. En *Lacanianana*, (12), Revista de la Escuela de la Orientación Lacaniana.
- (2014). “Un real para el siglo XXI”. En AAVV *Scilicet - Un real para el siglo XXI*. Buenos Aires: Grama.
- (2014). “El inconsciente y el cuerpo hablante”. En *Lacanianana*, (17), Revista de la Escuela de la Orientación Lacaniana, pp. 21-32.

- Norris, M. (2011). "Finnegans Wake". En Attridge, D. (ed.) *The Cambridge Companion to James Joyce*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Schejtman, F. (2013). *Sinthome. Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Buenos Aires: Grama.
- Teruggi, M. (1995). *El Finnegans Wake por dentro*. Buenos Aires: Tres Haches.